

CONTESTACIÓN
DE
DON CARLOS FELICE CARDOT

Señor Director:

Señores Académicos:

Día de satisfacción y regocijo para la Academia Nacional de la Historia es hoy, cuando recibe en su seno, como Individuo de Número, a don Ramón Díaz Sánchez, una de las cifras más altas de la literatura venezolana, y cuya elección, por voto unánime, fue acogida con singular ufanía en el mundo de las letras patrias por tratarse de la exaltación y reconocimiento de los méritos de quien, después de larga, afanosa y paciente labor, había ocupado un puesto señero para hoy y para siempre en la Venezuela intelectual.

Este sillón, señalado con la letra "S", está nimbado desde la fundación de la Academia por un hado feliz. Ocupado al instalarse el Cuerpo, hace setenta años, por la figura procerca de don Eduardo Blanco, el insigne artífice de *Venezuela Heroica*; sus sucesores, don Laureano Vallenilla Lanz, don Esteban Gil Borges, don Diego Carbonell y don Antonio Álamo, cada cual en su lugar, en su tiempo y en su especialidad, dieron señalada alcornia al puesto y contribuyeron, desde el recinto académico, o fuera de él como Gil Borges que no pudo posesionarse— a afianzar y robustecer, con las luces de sus equilibradas mentes, con el acervo de su constancia al Instituto, o con el ejemplo de sus vidas, al mayor prestigio de la Academia. Su último titular llegó a esta casa en la época de su madurez, no obstante haber sido, muchos años antes, su miembro correspondiente, y poco tiempo después de ocupar su silla por voluntad reiterada de todos sus compañeros, asume la dirección hasta el día ingrato de su viaje definitivo. Allí en ese cargo, con ponderado equilibrio, mantuvo en sus manos el timón del Instituto, con prudencia, con tolerancia y con vivaz inteligencia, dejando un grato y fresco recuerdo entre todos y una labor gremial de inapreciable utilidad.

Ninguno más señalado para ocupar la vacante ocurrida que don Ramón Díaz Sánchez. Cuando fue consultado su parecer —requisito previo a la presentación reglamentaria—, se mostró esquivo, y puso de presente una de sus tantas virtudes humanas: su ejemplar modestia. Hombre que ha llegado a sitial tan elevado, cada nuevo peldaño que escala en el camino de sus permanentes éxitos, reafirma en él, su ingénito modo de ser, y un como deseo de permanecer alejado de honores y recompensas; pero la recta justicia lo ha colocado en el alto umbral a donde sólo llegan unos cuantos elegidos.

Díaz Sánchez penetra en la historia al través de sus diestros cuadros de ficción, y en la creación artística de sus cuentos y novelas. El estudio del medio dentro del cual se mueven sus personajes, la pintura espiritual y física de todos y cada uno de ellos, el análisis de sus estados anímicos, la relación que guardan entre sí, en un mundo imbuido por diversos y disímiles elementos, ponen de presente siempre sus altos dotes de agudo observador y psicólogo, dando a sus personajes, por efecto de su genio creador, un hálito de vida que los acerca tanto a la existencia, como si en realidad fueran personajes históricos.

En Mene, su novela primogénita, en *Caminos el Amanecer*, en *La Virgen No Tiene Cara*, en *Cumboto* y en sus numerosos cuentos, está contenida la obra de ficción de Díaz Sánchez.

Las páginas de Mene, no sólo bocetos, sino cuadros totales de la nueva y angustiosa vida que en cierta latitud del país se operó merced al brusco cambio de la economía de tranquila vida bucólica, a la inquietante de las industrias extractivas, con todas las secuelas que conlleva ese fenómeno alucinador, trágico en veces, y el cual, cuando no está rectamente encauzado, trae el brusco desajuste que no sólo repercute en la vida económica, pero también en los estratos morales del pueblo. Esta novela, realmente criolla, por ser esencialmente nacional, es la revelación de su autor en el plano de los altos valores culturales, y ha dado margen a pensar, que en su elaboración privó el criterio de que quedase para la posteridad como un verdadero documento histórico, que señala una época de delirante euforia, y apunta nuevos señuelos, al parecer halagüeños para la vida nacional, de una transformación más aparente que real; y luego el espejismo de las esperanzas incumplidas. Lección de permanente vigencia y de ejemplar contenido.

Cumboto su otra gran novela, es, juzgada tal vez superficialmente, el testimonio de una región y de una raza, elaborada por una mano perspicaz y escrutadora de almas. Es esencialmente una obra distinta, tanto por la apariencia externa, la arquitectura propiamente dicha, cuanto al subjetivismo que le da vida, desde las hermosas páginas iniciales, hasta las inquietantes revelaciones de sus últimos capítulos. No es una novela donde la trama se desenvuelve dentro de la rigidez clásica de ese género literario; constituyen muchos de sus *bocetos*, al parecer episodios específicos, que podrían vivir plenamente, independientes entre sí, haciendo abstracción de la obra total; quizá por eso, su autor, creyó ver en ella "un cuento de siete leguas". Considerada en su aspecto externo, llegaría hasta creerse que constituye otro testimonio de una raza, como *Pobre Negro*; pero juzgada en su aspecto íntimo, tendríamos que llegar a la conclusión que todo su desarrollo se mueve en medio de intensas situaciones espirituales, en donde alternan, con igual dramatismo, como en formidable alianza literaria, el criollo descendiente de vascongados, el nórdico, el mulato y el negro puro, trasplantado a América desde sus agrestes paisajes de su África remota, y en un escenario circundado por el azul del Mar Caribe y por el verde intenso de nuestra cordillera costanera. Cuadros de patética belleza, plasmación de procesos exteriores y de hechos; diestras pinturas de estados anímicos, a través de un gran número de personajes que, cada cual a su manera, con su propia e indiscutible personalidad, van nimbados por las situaciones siempre intensamente dramáticas, donde se mueve toda la obra. A fin de darle mayores dimensiones, y adherirla más aún a la tierra, antes que descripciones de la naturaleza, trae ágiles hechos de las costumbres típicas y en veces misteriosas de los hombres de color, poniendo al descubierto la intensidad de su folklore. Muchos de sus personajes van pasando casi siempre a planos secundarios, a medida que avanza la narración. Algunos, empero, conservan, desde el comienzo su permanente lozanía. Tal el caso de Natividad, fiel hombre de la hacienda *Cumboto*, quien tiene a su cargo el desarrollo de una como biografía del patrón, la cual no viene siendo, en el fondo, sino el relato de su propia vida. Por otro lado, el estilo de la obra se mantiene a una altura sin par, realzada por las hermosas creaciones líricas, sintéticas pinturas físicas o morales que le agregan una altísima calidad dentro del plan novelístico integral. Es de resaltar en *Cumboto* las reminiscencias históricas que en veces se observan: tales los recuerdos y pequeñísimas descripciones de la vieja ciudad porteña, las añoranzas a la *Guipuzcoana*, episodios de la guerra de la Emancipación, y unos y no breves aguas-fuertes sobre la guerra Federal, en donde el autor intencionalmente, habla de esta dura contienda, de profundos contrastes para nuestra vida nacional.

La obra de ficción de Díaz Sánchez lo llevó directamente a los estudios históricos propiamente dichos. A un hábil escrutador de almas, artista de la frase y de su contenido vital y subjetivo, le era fácil entrar con singular brillo en las disciplinas de la Historia, poniendo de presente, personajes, hechos y situaciones, tales como fueron, se perfilaron y desarrollaron en la vida real. Y a ésta entró el recipiendario, con ciencia y con todo el caudal de su arte, "arte objetivo, guiado y dominado por los estímulos y caricias del mundo exterior, del cual, como de inmensa cantera, arranca los hechos, que luego, con verdadera intuición artística, interpreta, traduce y desarrolla", según la clásica enseñanza de Menéndez y Pelayo,¹ y por ese camino ha dejado huellas perdurables.

Sin restar méritos a algún relato de su libro *Caminos el Amanecer*; sin dejar de reconocer su brillante evocación de la figura de don José de Oviedo y Baños, primer historiador colonial de Venezuela, de la vida de don Cecilio Acosta, de Guzmán Blanco, de Ezequiel Zamora, y de la hermosa "exploración" de la vida de Teresa de la Parra, algo distinto, pero sin embargo, el esbozo, la presentación o el anuncio de una obra mayor que está en proceso de lenta elaboración bajo el nombre de *La Piedra Azul*, "transfiguración estética de una mujer de nuestro medio, dice el autor, cuya existencia se debate y desdobra entre un inacabable sueño de vidas pretéritas y una angustiosa búsqueda de realidades futuras",² su *Guzmán, Eclipse de una Ambición de Poder*, dado a la estampa en 1950, y galardonado con el "Premio Nacional de Literatura", es hasta ahora la obra máxima del escritor en el serio campo de la investigación e interpretación histórica, y por sí sola bastaría para su consagración.

La vida de Guzmán, el viejo, despunta con el amanecer del siglo XIX. Su origen, tal vez hubiese sido para otro, hecho negativo que habría podido detenerle el camino de su carrera, cuando, pasada la bélica acción de Carabobo, y firmada la Constitución de Cúcuta, regresa a sus lares patrios en medio de una agitada vida de inconformidad por el sesgo que para Venezuela, y especialmente para Caracas, representaban algunas leyes colombianas sancionadas en 1821. Guzmán se incorpora definitivamente a las luchas políticas, armado como estaba de una bien formada cultura y una hábil dialéctica, y aguijoneado por una inagotable ambición de poder. Díaz Sánchez, con diestra mano, va acotando, al correr del libro, las pasiones que flotaban por doquier, y las maquinaciones en que se mostraba diestro y que ejercía Guzmán para conseguir la meta propuesta. Hábil, cual más, en la polémica política, sagaz y acomodaticio, todas las situaciones fueron calculadas con pasmosa minuciosidad —desde la forma de acercarse a Bolívar hasta la de tomar estado matrimonial—, pero quizás ese extremado cálculo, y las fallas que mostró en horas para él estelares, determinaron, que, al final, y a pesar de morir en edad proveya y mantener hasta los últimos momentos una notoria influencia, no alcanzó a ver cumplidas sus ansias de poder; y las ilusiones de sus luchas cívicas, se tornaron al correr de los años, en dolorosas contiendas armadas, sembradoras de sangre, miseria y desolación. De estas últimas, su primogénito, Antonio Guzmán Blanco, letrado y general, insurgirá, y logrará por otros medios, el mando autocrático de Venezuela por cerca de cuatro lustros, en medio de una anarquía, doblegada al fin por su férreo puño de guerrero y dominador. Y este otro

¹ MARCELINO MENÉNDEZ y PELAYO, *La Historia como Obra Artística*. Discurso leído en la Real Academia de la Historia. Madrid, 1883.

² RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ, *Teresa de la Parra. (Clave para una interpretación)*. Caracas, 1954.

Guzmán, cerrará la curva de la elipse; pero entre ambos llenarán cincuenta años de la historia venezolana del pasado siglo.

La historia nacional hasta las luchas cívicas de Guzmán, el viejo, la tipifica la adusta y avasallante personalidad del general José Antonio Páez, convertido en magistrado honesto y respetuoso de la ley. Pero a partir de 1840, se abren nuevos horizontes en las actividades políticas, a cuyo frente estaban quienes aspiraban a sustituir definitivamente el caudillismo con la lucha ideológica. En este grupo se encontraba Guzmán, con su periódico "El Venezolano". Sus ardientes polémicas políticas y su candidatura presidencial, degeneraron en azonada y tumulto, y finalmente en judicial condena a muerte, de la cual lo salvó su victorioso opositor. Le faltó al caudillo civil en su hora crucial, el temple de acero y la serenidad del político diestro; el valor cívico para afrontar las duras acometidas de quienes detentaban el poder e impedían que llegase a sus manos. Y si no auspició ostensiblemente una revuelta, dejó, al menos, que fanáticos suyos la propiciaran, sin medir las consecuencias de la misma; cuando la situación se hizo esencialmente crítica, ocurrió su huida y su un tanto humorística captura.

La pluma de Díaz Sánchez va enhebrando con sutil maestría todo ese acontecer de nuestro pasado, el cual se desarrolla, sin que sus actores pensasen, que iban a definir, y posiblemente a confirmar, las perspectivas de lo que ha sido la turbulenta y contradictoria historia venezolana.

Cuando se estudia el "Guzmán" de Díaz Sánchez a través de su esencial contenido, y tomando en cuenta las condiciones intrínsecas de este género literario, cualquier crítico, llevado tal vez por su extremada ortodoxia, podría pensar que al autor, en la narración y pintura de episodios, lo dominó su maestría en el arte de novelar, y les dio, en parte, alguna cobertura ficticia. Empero, analizando la obra en sus íntimos pormenores, tenemos que llegar a la conclusión, de que aquélla no se aparta en ningún momento de la realidad, y las "creaciones" de Díaz Sánchez, al particular, se limitan al propio acomodo de las escenas dentro de la urdimbre documental que preside su elaboración y la interpretación de la vida y acción de cada personaje. Dentro de estas ideas, nada hay de ficticio ni de artificioso y constituye una virtud artística inherente a este género literario. "No le es lícito a la historia fantasear —dice Menéndez y Pelayo—, no puede, como puede el poeta dramático, introducirse en la mente de sus personajes y hablar por ellos; pero será tanto más perfecta y más artística, cuanto más se acerque, con sus propios medios, a producir los mismos efectos que producen el drama y la novela. Pero entiéndase bien: con sus propios medios, los cuales en gran parte no pertenecen al arte, sino a la ciencia; aunque todo, en último resultado, venga a concurrir al grande arte, el arte de composición. De aquí —continúa el maestro— nace el carácter mixto de la historia; de aquí la inferioridad reconocida por Aristóteles, cuyas palabras hemos de entender no como suenan, sino de un modo más amplio y libre, afirmando que lo mismo la historia que la poesía enseñan, manifiestan y ponen a nuestros ojos, por modo artístico, aunque diverso, lo que hay de eterno y lo que hay de temporal y relativo en cada acción humana, lo que hay de necesario y lo que hay de contingente, lo que hay de universal y lo que hay de temporal en cada individuo".³ Tal constituye la creación histórica, tan ponderada, tan analítica, tan original y al mismo tiempo tan de fino gusto y locución, del nuevo colega don Ramón Díaz Sánchez.

La lectura del ameno y documentado trabajo de incorporación que acabamos de oír, confirma en todas sus partes el concepto que hemos expresado sobre el método y arte

³ MENÉNDEZ Y PELAYO, obra citada.

histórico del nuevo colega. La escogencia del tema le dio oportunidad, no sólo de indagar hasta dejar casi agotada la materia, sino de matizar una inquietante vida, de acoplarla al medio y a las situaciones tan cambiantes, y en veces, tan duramente dramáticas, de anotar un serie de reminiscencias, de poner de resalto duros estados anímicos, esbozos de una novela que está por escribirse, pero que en la realidad constituye la vida de un castellano del siglo XVII, y parte también de la vida decadente de la España imperial, cuando ya el apogeo de su gloria se eclipsaba definitivamente y la casa de Austria estaba en los últimos estertores de su dominación en la Península.

Este don Gabriel Fernández de Villalobos ha sido maltratado por la crítica y la justicia ha de colocarlo en el puesto que le corresponde. No creemos que deba ubicarse en la tipología que caracteriza sólo al "aventurero" o sea el hombre de "oscuros o malos antecedentes, sin oficio ni profesión, que por medios desconocidos o reprobados, trata de conquistar en la sociedad un puesto que no le corresponde".⁴ Empero, consideramos que los medios de que se valió Fernández de Villalobos, no eran ni "desconocidos" ni "reprobados". Cuando le tocó venir a América, ya habían terminado, con el ocaso del siglo XVI, las épicas luchas de la conquista y se había afianzado la colonización con un tanto de quietismo para las hazañas bélicas y temerarias y un mucho de trabajo para otra clase de actividades, convergentes, casi todas, al logro de fortuna. Se ha dicho del siglo en el cual le tocó actuar al Marqués de Varinas, que lo caracteriza, para las Indias, la época del conquistador americano, así como el anterior, el héroe lo fue el español. No vino, pues, don Gabriel, como conquistador. Vino tan joven, de doce años, que cualquier diagnóstico retrospectivo que sobre ello se hiciese, nos haría pecar algo así como de adivinos. Con los ojos de la fantasía, el recipiendario, cree a Fernández de Villalobos iniciarse en el mar "quizá como grumete de alguna desvencijada galeaza, en convivio con soldados y marinos que endurecen su cuerpo a fuerza de puñetazos y edifican su alma con todas las desvergüenzas de la más estupenda escuela flotante". De aquí que sin meta definida, ya que a esa edad nadie puede tenerla, se formó el hombre en el Nuevo Mundo, en múltiples y variados quehaceres, tratando de salir del anonimato, y valiéndose para el caso de todas las situaciones y oportunidades que constituían arte común en aquellos difíciles años, en donde la decadencia y miseria española, hacían mirar hacia las Indias en busca de alguna tabla de salvación.

Que Gabriel Fernández de Villalobos haya tenido en su vida toda clase de vicisitudes favorables o desgraciadas; que haya hollado ciertas normas de ética personal o profesional en persecución de sus propósitos de notoriedad y éxito; no pueden sólo estos hechos inclinar la balanza en su propio y definitivo detrimento, a fin de mostrarlo a la posteridad, como un hombre que sólo acarició en su mente oscuros o tortuosos propósitos, en el logro de sus fines. El reverso de la medalla arroja un saldo de positiva trascendencia para América, y de manera especial para las clases Menesterosas que más necesitaban de la protección real: los negros y los indígenas. En este particular siguió los pasos trazados por Fray Bartolomé de las Casas. Y en esa dura y arriesgada campaña tuvo que habérselas contra toda la red de funcionarios, que comenzaba con el más modesto en las Indias, y llegaba hasta el propio Carlos II, pasando por el Consejo de Indias, quien tenía a su cargo la mayor parte del manejo de la maquinaria política y administrativa de esta parte del mundo. Contra frailes y contra curas seculares fue inflexible, y las duras saetas que les lanza, han debido influir, posiblemente, en su definitiva perdición, en la oportunidad en que hizo crisis

⁴ *Diccionario de la Real Academia Española*, 1956

la trama infernal que contra él se dirigió. Si muchos de sus largos Memoriales enviados a la Corte contribuyeron en algo a que el Monarca sancionara la "Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias", mandadas a publicar por éste en Real Cédula fechada en San Lorenzo el 1.º de noviembre de 1681, sin duda que la memoria del Marqués de Varinas debería ser un poco más grata a la posteridad.

Sus obras *Vaticinios de la Pérdida de las Indias y Mano de Relox*, sitúan a Fernández de Villalobos en una escala superior en el plano de los que asumieron la defensa de los desheredados de las Indias, y eso sería suficiente para lanzar un juicio absolutorio sobre su inquietante vida, cuando al final, lo acecha la desgracia definitiva e implacable, nadie oye sus reclamos y súplicas, no obstante el saldo positivo que arroja su vida. Con más suerte, con un tanto de paciencia y discreción, empleando aquellas artes de saber esperar, después que el Monarca lo colmó de honores, quizás hubiera obtenido un puesto en el Consejo de Indias, o alguna otra elevada dignidad, y su figura pasado a la posteridad nimbada de áureos resplandores. Pero fue demasiado realista para criticar y fustigar; no previo la fuerza de sus malquerientes, él, que por su vida y actividades debía tener no pocos enemigos y muchas cuentas por pagar. Mejor fortuna tuvo su cuñado, don Martín Madera de los Ríos, quien vino a Venezuela traído por el Marqués, y le cedió su puesto de Contador Mayor de Cuentas, cargo que desempeñó en el lapso comprendido entre 1695 a 1740. Este don Martín será en todo momento de su dilatada actuación un implacable defensor de la Hacienda Real, y posiblemente, con los años, se volvió intrigante y áspero, sobre todo durante la gestión del gobernador Sebastián García de la Torre, en los momentos en que ocurrió la sublevación del zambo "Andresote", que dicho gobernador no pudo sofocar, y al final, los cargos del Contador hicieron que fuese destituido y juzgado, con el consiguiente embargo de sus bienes y su definitiva condenación.⁵

Por muchos y variados aspectos del siglo XVII en España y América nos lleva el recipiendario a través de su estupendo discurso. Con hábil maestría estudia su personaje central, pero sin omitir a otros que bullían alrededor de su tiempo los que estuvieron íntimamente vinculados con su vida y quehaceres. El Rey Carlos II, "hechizado"; su madre la Reina doña Mariana de Austria, fue siempre objeto de no disimuladas consejas; el hermano natural del Rey, don Juan José de Austria, ambicioso y tenaz en la conquista del poder, y tantos más grandes y chicos que llevaron la casa reinante a la crisis total. Creada por la hábil y sutil imaginación de Díaz Sánchez, con base, sin embargo, a elementos escasísimos, como en cuadro que da perfiles de luz sobre tantas sombras, surge la figura, envuelta en brumas, de la Marquesa de Varinas, esposa de don Gabriel Fernández de Villalobos, quien cargó sobre sí el mayor peso de las tribulaciones y dolores, con entereza de ánimo y nobleza de mujer digna y sufrida, hasta consumirse, con sus hijos, en espantosa miseria y desolación.

Señores:

Durante su dilatada existencia, esta Corporación ha visto repetirse numerosos actos como el presente. En tono mayor o en tono menor, se han oído desde esta tribuna los discursos de los nuevos académicos, desarrollando, cada cual, temas de su predilección. La

⁵ CARLOS FELICE CARDOT, *La Rebelión de Andresote. Valles del Yaracuy 1730-1733*. Caracas, 1952. Bogotá, 1957.

elocuencia, el análisis crítico, la docta y severa investigación, las dotes literarias y artísticas, han jugado papel en solemnes momentos como el que estamos presenciando; pero por rara vez, en los ya largos lustros que lleva de existencia esta Academia, se hace la evocación de una vida esencialmente histórica dentro de un amplio cuadro, en donde quedan enmarcados tres continentes, e intervienen personajes de notoria figuración, a los cuales el orador, maestro en el arte de la novela, los envuelve en un hálito de vida, que parece, por momentos, arrancados de su esencial dimensión para colocarlos en el plano de una obra de ficción que está por escribirse.

Señor don Ramón Díaz Sánchez:

Una muy vieja tradición de esta Casa ha fijado una norma en relación con la persona que debe dar la bienvenida al nuevo académico: éste ha de ser el último de haber tomado posesión de su silla. Y ésa es la razón de mi presencia en esta tribuna, lo cual constituye un grato momento de mi vida, pues ese hecho feliz y la amable designación de nuestro eminente Director, me ha dado la oportunidad de unir mi modesto nombre al alto y señero de usted, que como ya lo he expresado, constituye patrimonio de las letras nacionales, Al darle la fraternal bienvenida al dilecto amigo y nuevo colega, estoy seguro, y lo está también la Corporación, que las luces de su clara inteligencia contribuirán en escala ascendente, a realzar y robustecer más, si cabe, las altas y nobles tareas que tiene encomendada nuestra Academia Nacional de la Historia.

Señores...